

AUGUSTO CZARTORYSKI

El príncipe polaco que se hizo salesiano

Desde el 31 de enero al 31 de mayo de 1883, Don Bosco, agotado (sesenta y ocho años), viaja por Francia pidiendo limosna. El 18 de mayo acepta la invitación de la noble familia polaca Czartoryski, y celebra misa en su palacio de París, el Hotel Lambert. Le ayuda en la misa el cabeza de familia Ladislao (cincuenta y cinco años) y su primogénito Augusto (veinticinco años). Al final de la misma, Augusto le pide un encuentro privado. Don Bosco mira a aquel joven príncipe, y le dice palabras extrañas: “Desde hace tiempo deseaba yo conocerle a usted, príncipe”.

En Valdocco, Don Bosco, frecuentemente saluda a los suyos con frases en broma: “Buenos días, señor marqués”; “¿Cómo está, señor conde?”. Pero esta vez no bromea. Sabe que aquel hombre joven que está delante de él es un príncipe verdadero, descendiente de una de las dos familias más antiguas y más nobles de Polonia. Un día podría llegar a ser soberano de la nación polaca. Pero también sabe que Dios tiene designios misteriosos sobre esta persona.

Después de la muerte del rey polaco Juan Sobiesky (1696), que había derrotado a los turcos en la célebre batalla de Viena, las dos familias más poderosas, guardianas de las antiguas instituciones de la patria fueron los Czartoryski y los Potocki. Adam Jerzy Czartoryski, abuelo de Augusto, fue el más celebre hombre de estado de la familia. Ladislao Czartoryski (1828-1894), segundo hijo de Adam y padre de Augusto, se dedicó a la fundación de escuelas para los desterrados polacos. En 1855 se casó con la princesa Ma-



ría Amparo Muñoz de Vista Alegre, hija de la reina de España, Cristina de Borbón. El 2 de agosto de 1858 fue madre del heredero de los Czartoryski, que fue bautizado con una gloriosa serie de nombres de las ilustres casa paterna y materna: Augusto, Francisco, María, Ana, José y Cayetano.

En agosto del 1864 la tuberculosis se llevó a la princesa María Amparo, y Augusto se quedó sin madre. Aquella mujer amabilísima, cuya ausencia sentirá Augusto durante toda la vida, le dejó una herencia real, pero también la fragilidad de la salud y una predisposición a aquella enfermedad, la tisis, que en aquellos años vaciaba inexorablemente las casas de los pobres y las casas de los reyes. Y le dejó también una cualidad rara: el despego de las cosas. Primero la madre, luego el hijo, las miraron siempre como si en su interior vieran su inca-

pacidad de proporcionar la felicidad.

Toda la vida de Augusto será una búsqueda afanosa de la buena salud que nunca llegará. Lo mandan a buscarla al ambiente fino de la montaña, al cálido de las regiones marítimas, la perseguirá sobre las arenas desérticas de África. En 1874, a los dieciséis años, es alto y espigado como una espada, y tiene una tos continua, para decirle que también para los príncipes la vida es cosa frágil.

En 1883 el encuentro con Don Bosco. Para el príncipe Ladislao es la ocasión de hablar con el fundador de los salesianos sobre la apertura de escuelas en tierras polacas alrededor de Cracovia, ocupadas por Austria. Augusto le habla también de su porvenir: no se siente llamado al matrimonio, al que lo empuja su padre. Piensa en el convento de los carmelitas, o en alguna

“Si usted siente en su corazón una propensión muy fuerte al sacerdocio, ha de renunciar a todos los mayorazgos; pero si esta voluntad no fuese todavía bien firme, haría bien en secundar a su padre, y aceptar el mayorazgo con todas sus consecuencias”

otra familia religiosa en la que entregarse del todo a Dios. Don Bosco no le da una respuesta clara. Le aconseja que lo piense y que rece.

Desde este momento comienza una frecuente correspondencia entre Augusto y Don Bosco. El resumen de todas las cartas que salen de Turín para el príncipe se puede resumir en estas palabras escritas por Don Bosco el 26 de enero de 1885: “Si usted siente en su corazón una propensión muy fuerte al sacerdocio, ha de renunciar a todos los mayorazgos; pero si esta voluntad no fuese todavía bien firme, haría bien en secundar a su padre, y aceptar el mayorazgo con todas sus consecuencias”. En una palabra, Augusto que tiene ya veintisiete años, no debe esperar que otros decidan por él sobre lo que tiene que hacer en la vida. Debe decidir él, y afrontar todas las consecuencias de su decisión.

5 de julio de 1886. Los príncipes Ladislao y Augusto están en Valdocco con Don Bosco. Se habla de la necesidad de la juventud polaca y del comienzo de la obra salesiana en Polonia. Don Bosco dice: “Ya iremos, ya iremos también a donde vosotros... apenas tengamos personal preparado”. Entonces, don Francesia, presente a la conversación, dice a Augusto con su manera graciosa: “Señor príncipe, venga usted a hacerse salesiano. Don Bosco abrirá enseguida una casa en Polonia”. Hay sonrisas. Pero con toda po-



bilidad, esta frase es decisiva para Augusto. Ya no piensa ni en los carmelitas ni en los jesuitas (hacia los cuales parece que Don Bosco quería inclinarse). Será salesiano. Don Bosco duda, pero Augusto supera todas las dificultades recurriendo al Papa. A primero de junio de 1887, León XIII lo recibe en audiencia y recibe la confianza de su decisión, la oposición de su padre y los titubeos de Don Bosco. El Papa le dice “Vuelve a Turín, preséntate a Don Bosco, llévate la bendición del Papa. Y le dices que es deseo del Papa que te acepte entre los salesianos. Se perseverante y reza”.

El 30 de julio de 1887, Augusto está en Turín. El 17 de julio comienza su aspirantado salesiano. Don Bosco, satisfecho de que haya tomado definitivamente la “decisión irrevocable”, le dijo unas palabras estupendas. “Pues bien, mi querido príncipe, yo le acepto. Desde ahora usted forma parte de nuestra Pía Sociedad y deseo que continúe perteneciendo a ella hasta su muerte. El pobre Don Bosco se morirá pronto, y si su sucesor quisiera alejarle por cualquier motivo sin que usted lo quiera, bastará que diga que es voluntad de don Bosco que usted no se marche”.

El noviciado lo comienza el 20 de agosto del mismo año en Turín. Al entrar ve un cartel con tres palabras: “Dios. Alma. Eternidad”. Aquella noche escribe un comentario: “Eternidad. Qué po-

derosa es esta palabra. Se la debería escribir en todo lugar, en la fachada de todas las casas, al pie de todos los monumentos, en la portada de todos los libros”.

El 31 de enero de 1888, antes de que Augusto termine su noviciado, muere Don Bosco. Augusto se pasa largas horas en oración sobre aquella tumba.

2 de octubre de 1888. El príncipe Augusto hace voto de pobreza, castidad y obediencia, y se hace salesiano. Cuatro meses antes había firmado el acta de renuncia a todos sus derechos de primogénito.

Desde tiempo atrás, el Boletín Salesiano llega a tierras de Polonia. La noticia de que el joven príncipe se ha hecho salesiano suscita interés y entusiasmo. Algunos jóvenes, queriendo imitarlo, van a Turín. Don Rúa, sucesor de Don Bosco, les busca lugar.

Augusto es ordenado sacerdote el 2 de abril de 1892. Celebra la misa para su familia el 3 de mayo, fiesta nacional polaca. Pero la enfermedad que llevó a la tumba a su madre, vuelve inexorablemente. La muerte llega la noche del 9 de abril. Tiene treinta y cinco años.

En el año 1898 los primeros salesianos polacos abren su primera casa en Oswiecim. Ahora aquellos salesianos suman un millar, y trabajan con los jóvenes polacos en todas las partes del mundo. ■